

toda cultura no puede olvidar la pertenencia del hombre a la naturaleza, el férreo vínculo que a ella le une.

Por tanto, en un sentido menos usual, cultura es también *naturalización del hombre*, es decir, todo aquello que nos redime de la escisión y de la separación de la naturaleza, que evoca nuestras raíces y nos pone en contacto con nuestro origen natural. Cultura es lo que regenera en nosotros sentimientos primordiales impregnándonos de una savia siempre nueva, lo que nos libera de la cárcel del artificio y de los fríos imperativos de la razón. Así, valga la afirmación paradójica, cultura es también aquello que nos «salva» de la enfermedad de la cultura y que muestra la continuidad entre lo natural y lo cultural.

En resumen, cabe hablar de una cultura de la razón y de una cultura del corazón.

El cante jondo es culto en este segundo significado, en cuanto que atiende a las necesidades del corazón y no de la razón, porque en lugar de responder a una inclinación racionalista e individualista lo hace a un impulso naturalista y comunitario. Este carácter naturalista y comunitario constituye el primer rango importante que define al cante. En él predomina lo dionisiaco sobre todo lo demás, pues su expresividad se coloca bajo la advocación de Dionisos, dios del éxtasis y de la embriaguez, de la disolución de la individualidad en la unidad primitiva y natural, y no se preocupa de la perfección formal, de la armonía y de la bella apariencia.

El cante jondo es naturalista y dionisiaco porque contiene una forma de religiosidad, una experiencia de lo sagrado, que se mueve dentro del ámbito puramente natural, que se manifiesta en la afirmación pasional del carácter trágico de la existencia. Quienes han podido sentir alguna vez este arte en su verdad saben que es una ceremonia, un ritual que tiene como finalidad el desvelamiento del corazón, el autoconocimiento pasional, la fraternidad de los participantes, la tonificación y la purga de las emociones.

Por tanto, cuando se dice del cante que es un arte con la pretensión de engrandecerlo, en realidad se le puede estar reduciendo, a no ser que entendamos por arte un modo privilegiado de expresión existencial. Es preciso recordar en este punto que el cante jondo no es simplemente un «arte popular», un folklore, sino el único modo de expresión de determinadas capas marginales del pueblo, la única vía de comunicación de estos hombres perseguidos, maltratados y desvalidos que lo usaron como depositario de su tragedia.

Por ser ante todo dionisiaco, en él predomina lo expresivo sobre lo formal, pues, en realidad, el cante jondo no se canta, sino que se tiembla, se llora, a ratos se ríe, se vive en el estremecimiento, en el grito, en la mezcla de la pena y la alegría, en la pura expresividad. Alguien ha dicho

con tino que el auténtico cante no alegra o entristece, sino que duele. Hasta tal punto es cierto el mencionado predominio que en el cante jondo lo formal pierde su sentido si carece de emoción y de intensidad, se vacía de significado. Interpretar cante jondo no es sólo cantar flamenco correctamente, sino *mirarse dentro y desnudarse*, pues en ello no mandan las facultades, sino el corazón.

El cante jondo no es canto y mucho menos «bel canto», sino su antítesis. Su intérprete no es cantante, sino «cantaor», que canta para recordar y decir lo que ha vivido, para abrir heridas, para vaciar el pozo negro de la pena y hacer sentir la profundidad de la vida, revelando las verdades universales del corazón. Se ha dicho también con gran acierto que el cante jondo no es música, sino lengua del corazón. Es, además, naturalista porque da voz al espíritu de la tierra, porque su inspiración no es sobrenatural, su fuerza no viene de arriba hacia abajo, sino que va de abajo hacia arriba. El genio del cante no es celestial o angelical, sino que es un duende, un *daimon* terrestre. El genio del cante no inspira o guía, sino que posee, se sirve de una posesión benéfica, hace del hombre un buen poseído, en contra de la idea convencional de que toda posesión es necesariamente maléfica.

Por otra parte, el cante jondo es comunitario porque el estado que provoca su genio no puede darse en soledad. La mencionada posesión benéfica es ante todo una hermandad, una fraternidad de los corazones, que se reconocen iguales, que se abrazan en el júbilo de su identidad, que se ennoblecen al abrirse y despojarse de su mentira. En tal estado el hombre prescinde de referencias étnicas, culturales o sociales, ese conjunto de máscaras que constituyen su individualidad, y celebra la liberación de su yo más profundo y auténtico, de un yo que es un nosotros.

Así, bien puede decirse que este arte obtiene su fuerza de la universalidad del corazón, más profunda y verdadera que la de la razón, y que sentirlo en toda su grandeza produce la salud del alma, la alegría que alivia, la virtud que es idéntica a la felicidad. Por todo ello, es una flor rara y delicada, depende de tal cúmulo de circunstancias imprevisibles que es imposible predecir su aparición, pues no se sirve principalmente de elementos técnicos, sino vitales. Quien anda a la búsqueda del cante jondo está siempre a la espera de lo inesperado, en la pugna que hará posible la revelación. Cuando el cantaor se mira dentro, se ensimisma, tiene que ir quebrando todo tipo de resistencias, debe alejar el pudor, las convenciones sociales, la moderación y el equilibrio que aconseja la razón, debe romperse, abrirse, pelearse con todo aquello que reduce el corazón al silencio.

El cante jondo, es el momento de decirlo, es la cultura, el cultivo del corazón.

Naturalista, comunitario, dionisiaco, pasional, trágico, ceremonial, expresivo, agónico, imprevisible y, como resumen de todo ello, arte del cultivo del corazón.

Este último rasgo del cante jondo merece ser analizado con detenimiento, pues indica hasta qué punto es esencial la intensidad de la emoción en esta música: el cante no se oye sino que se siente, no se contempla como un espectáculo, sino que se vive como una sacudida interior. Cultura del corazón, o cultura de la sangre, quiere decir saber intuitivo, conocimiento que nace de la sensibilidad, que es fiel a la memoria de lo que se ha vivido, que se alimenta más de la experiencia que de la razón. La cultura del corazón es la que reivindica el carácter pasional de todo conocimiento, la que hace nacer la verdad del interior del hombre y funda sobre ello una ética de la autenticidad. La cultura del corazón es trágica, porque vive en el desgarramiento y no en la reconciliación.

El cante jondo habla de la herida abierta que hay dentro de cada hombre, pero no reflexiona sobre ella, sino que la muestra del modo más directo, con el grito, con ese ¡ay! prelógico y prelingüístico que expresa nuestra esencia trágica. Por esta razón es música en el sentido más profundo de la palabra, música primigenia, originaria, metafísica, reveladora y universal. No es música en el sentido pitagórico de ciencia de la armonía cósmica, al contrario, el cante jondo es inarmónico; es música en el sentido romántico de expresión de los sentimientos y, dicho con una fórmula más radical, es expresión del sentimiento trágico de la vida. Su intérprete se sitúa en la frontera entre el grito y el lenguaje articulado, la naturaleza y la cultura, la pasión y la razón, y de esa condición fronteriza, limítrofe, de ese desgarramiento, obtiene toda su fuerza y originalidad. De ahí proviene su capacidad para hablar un lenguaje universal, pues el desvalimiento, la marginalidad, el abandono, la sensación de haber sido arrojado a la intemperie del mundo, son experiencias de las que todos los hombres podemos participar. La universalidad del cante jondo tiene su raíz en la universalidad del sentimiento de desamparo en el ser humano.

Para sentir el cante no es imprescindible pertenecer al mundo en el que se ha gestado, pero sí es necesario compartir la sensibilidad desde la que ha sido creado y para ello basta con asomarse al fondo trágico de toda humana existencia, basta con dejarse llevar de la mano por la tragedia propia para abrir los ojos a la ajena. Hay en el cante jondo una estética que es una ética, porque es a través de la sensibilidad como se produce el descubrimiento de uno mismo y del otro, una ética no sólo racional, sino también pasional, no ya del autogobierno, sino del autoconocimiento. Cuando el cantaor busca en su interior no recurre al artificio de la técnica, sino que se olvida de él, no queda al margen del cante, porque habla de sí mis-

mo y de su experiencia vital. El cante jondo no tolera la simulación, no es mera interpretación de letras o estilos preestablecidos, ya que es confesión pública, *creación en acto*.

Este último rasgo es especialmente significativo, pues el cante jondo exige por parte del cantaor una entrega sin reservas: le concede la calidad de médium a cambio de que pierda su intimidad y haga pública su verdad. Es creación en acto porque en él se hacen transparentes los sentimientos y es el hombre entero el que interviene en su nacimiento. Es poesía en el sentido más propio y etimológico, creación pura en la que se funden la palabra, la música y la emoción, creación singular e irrepetible cuya intensidad no admite la reproducción. Si el cante flamenco es un canon de diferentes estilos, el cante jondo es lo que llena de sentido dicho canon, el fin último del mismo, sin el cual el canon carece de valor. Hay muchas reglas para cantar flamenco, pero hay una sola para cantar «jondo»: la autenticidad, la perfecta coincidencia entre lo que se dice y lo que se siente.



Intensidad e instantaneidad, ascesis pasional y entrega, autenticidad, el cante jondo es la más lograda expresión de la experiencia trágica de la vida, porque se asoma con los ojos bien abiertos al abismo del desamparo. Esta experiencia implica la sensación de que un inmenso desacuerdo llena el mundo, un desacuerdo sustancial entre la realidad de las cosas y la voluntad del hombre, una contradicción insuperable entre el sino y el deseo. Para dicha experiencia lo necesario es imposible y lo imposible es necesario.

La experiencia trágica de la vida surge de la imposibilidad de toda forma de reconciliación; su lenguaje propio es el grito, la exclamación; su signo lingüístico es la interjección; su estado de ánimo es el duelo, en el doble sentido de combate y de pena. Combate contra nada, contra la nada, pena por nada, por la nada. Combate contra todo, porque en todo está la nada; pena por todo, porque en todo hay nada. Grito y duelo son el afuera y el adentro del cante jondo; el grito nace del duelo y el duelo sale en el grito. Grito y duelo, exclamación pura, no alegría o tristeza, son la síntesis de este arte como voz de un alma trágica. La experiencia trágica de la vida es la visión metafísica que lo sustenta, de ahí que todo en él responda a esta visión: el grito, el duelo y la palabra.

El duelo no siempre es puro grito, es también palabra articulada, que nunca abandona del todo su parentesco con el grito. Cuando el duelo se hace voz con sentido, palabra cantada y llorada, rabiosa o tierna, el cante